

pues de haber dicho que va á aconsejar la guerra á los bárbaros, y la paz entre los griegos, añade: «Sé que muchos oradores han escogido con preferencia este asunto para sus discursos, pero yo no he de detenerme por esto, en la confianza en que estoy de que he de eclipsarlos de tal modo, que parezca que no han dicho nada: por otra parte el asunto de sí es importante, digno del talento de un buen orador, y utilísimo á los oyentes. No ha pasado pues la ocasion de hablar nuevamente de él, lo cual tendria lugar, ó habiéndose ejecutado lo que se recomienda en tales discursos, ó habiéndole desempeñado un orador tan bien que fuese imposible á otro emprenderlo de nuevo. Y como ninguna de las dos cosas se ha verificado, ¿por qué no he de aventurarme yo tambien, y discurrir lo mejor que sepa para lograr persuadir lo que he propuesto?» La delicadeza y fuerza de este pensamiento no llega á la de Demóstenes en su Filípica primera donde dice: «Muchos de los que suelen aconsejaros han hablado ya, y si os hubiesen aconsejado lo mejor, no habria que deliberar sobre esto. No hay que desmayar, atenienses, por el estado presente de las cosas: el tiempo pasado es una garantía para lo porvenir, ya que el haber dejado de obrar con energía es causa de la postracion actual; pues si hubieseis hecho cuanto estaba de vuestra parte, y las cosas no obstante se hallasen en mal estado, no quedaria ninguna esperanza de remedio.» Aquí se ven la elocuencia vigorosa de Demóstenes, y las formas periódicas, y el raciocinio filosófico de Isócrates.

60. Cuando se ha dicho que los grandes intereses del estado no agitaron su alma, se ha querido decir en la tribuna, pues cabalmente de ellos se ocupa en sus mejores discursos, que no escribió para pronunciarse desde allí. Por lo demás estaba animado de sentimientos patrióticos, de lo que dió una prueba esclarecida en tres ocasiones: 1.ª cuando se levantó, siendo muy jóven, para defender á Terámenes, uno de los treinta tiranos condenado por sus colegas en la época del mayor terror: 2.ª cuando salió de luto por las calles de Atenas despues de la injusta sentencia de Sócrates; y 3.ª cuando perdida la batalla de Queronea, no quiso sobrevivir al desastre de su patria no sabiendo el uso que haria Filipo de su vie-

toria: habiéndose abstenido de todo alimento, á los cuatro dias murió á la edad de 98 años, despues de haber repetido muchas veces, segun Plutarco, tres versos de Eurípides, en que recuerda á Argos, el Peloponeso y Tebas, sujetados respectivamente por Danao, por Pelops y por Cadmo.

61. Se le atribuan 60 oraciones: parece que las auténticas no pasaban de 25 ó 28. Las que quedan son las siguientes:

Tres del género *parenético* ó moral: 1.ª *la dirigida á Demónico*, que mas parece una carta en que da varios consejos muy saludables á la juventud: 2.ª *la dirigida á Nicocles* sobre el arte de reinar: 3.ª *la titulada Nicocles* de los deberes de los súbditos para con su príncipe, que se supone pronunciada por aquel rey de Chipre delante de los suyos.

Cinco del género *simbuléutico* ó deliberativo. 1.ª *Panegyrico*, su obra maestra, cuyo objeto principal es ponderar el mérito de Atenas en competencia con Esparta, y procurar la union de todos los griegos contra los persas. 2.ª *A Filipo* rey de Macedonia para exhortarle á ser el mediador ó pacificador de los griegos, y á emplear mas bien sus armas contra los persas. La escribió poco tiempo antes de morir, despues de la embajada de Demóstenes y Esquines á Macedonia. 3.ª *Archidamo*, en que este príncipe hijo de Agesilao rey de Esparta exhorta á sus conciudadanos á no entregar á los beocios el país de Mesenia. 4.ª *Areopagítica* en que aconseja á los atenienses á restablecer la democracia cual la puso Solon con las modificaciones de Clistenes. 5.ª *De la paz*, la aconseja á los mismos con motivo de la guerra social, y que renuncien á la supremacía que pretendian con respecto á sus aliados.

Cinco del género demostrativo. 1.ª *Elogio de Evágoras*, rey de Salamina en Chipre, ó su oracion fúnebre. 2.ª *Elogio de Helena*. 3.ª *Elogio de Busirides*, ó mas bien una leccion que da á Policrates sobre el modo de escribir un elogio. 4.ª *Panathenico*, ó elogio de los atenienses. 5.ª *Contra los sofistas*.

Ocho del género forense, entre las cuales hay la que pronunció sobre *el cambio de bienes*, que se ha indicado antes.

Sigue á las oraciones una coleccion de nueve cartas, de las cuales cuatro dirigidas á Filipo de Macedonia: una á su hijo Alejandro: una á los hijos de Jason: una á Timoteo: una á los

magistrados de Mitilene: una á Dionisio de Siracusa, probablemente el menor. Escribió tambien una retórica que no existe.

ISEO.

380 ant. de J. C. — 374 de R.

62. No se sabe de este orador ni el año de su nacimiento ni el de su muerte. De sus oraciones se desprende que vivió desde fines del siglo 5.º á mediados del 4.º antes de la era vulgar, esto es, despues de la guerra del Peloponeso hasta el reinado de Filipo de Macedonia. No se sabe tampoco que ejerciese algun cargo público. Los antiguos solamente dicen que fué discípulo de Isócrates, y maestro de Demóstenes; y unos le hacen natural de Atenas, otros de Calcis ó Negroponto capital de la Eubea. Es contado entre los diez oradores atenienses: esto y el haber quedado 10 de sus oraciones enteras, una que parece faltarle poco, y el epílogo de otra, nos obliga á hablar de él, como tambien el haber contribuido á formar al príncipe de los oradores griegos, lo que redundaba en gran gloria suya. Pues no fué maestro como quiera, que se limitase á enseñarle los preceptos del arte, que es lo que entendemos nosotros por esta profesion, sino que á mas de imbuirle su teoría, le dió ejemplos vivos en sus propios discursos, y le comunicó, digámoslo así, su propio carácter. Lo que sucedió con este maestro y discípulo parece que fué lo siguiente.

63. Los maestros de aquel tiempo eran lo que debian ser, esto es, capaces de poner por obra lo mismo que enseñaban, como sucede generalmente en las demás profesiones. El maestro pintor sabe pintar, el músico tocar el instrumento que enseña, el matemático calcular, el médico curar, el lealista defender un pleito, etc. Los maestros pues de oratoria eran oradores. No obstante se cuenta de Isócrates, que preguntándole alguno de sus amigos, por qué formando tan buenos oradores, él nunca hablaba en público, ni queria ser tenido por tal, contestó, que se consideraba como la piedra de amolar, la cual no corta, pero aguza el hierro para cortar. No dejaba ciertamente de ser Isócrates grande orador; el no ha-

blar en público procedia del defecto de voz, como se ha visto en su lugar. Así no destruye él la regla general. Como la misma naturaleza nos inclina á la imitacion, y tomamos por modelo al que creemos mejor, mas á nuestro alcance, y mas acomodado á nuestro natural, teniendo generalmente el discípulo buen concepto del maestro, á él quiere conformarse primeramente. Eran Isócrates é Iseo contemporáneos: los dos tenian escuela: la del primero era mas concurrida: no obstante prefirió Demóstenes la de Iseo, no, como han dicho algunos, porque tuviese que pagar menor retribucion, sino porque habiendo menos discípulos creyó que el maestro se ocuparia mas de él: su cálculo salió tan acertado, que segun dicen, Iseo despidió á los demás, y se fué á vivir á la casa misma de Demóstenes¹. Esto se llama conocer y apreciar un maestro á un discípulo, y saber un discípulo discernir entre los maestros. Habia cierta simpatia entre los dos. Isócrates era frio para Demóstenes: el calor y la viveza de Iseo era lo que él necesitaba: el carácter enérgico del maestro correspondia al natural impresionable y ardiente del discípulo. Empezó llamándole la atencion sobre sus intereses, que habian sido mal administrados por sus tutores, y le empeñó á entablar demanda contra ellos, aunque no fuese mas que para darle materia en que ejercitarse, é introducirle en el foro. Podemos suponer que toda la direccion de este negocio, el plan y arreglo de los discursos corrió á cargo de Iseo, pues Demóstenes solo tenia 17 años, y que su triunfo se debió á aquel y á la justicia de la causa.

64. Es muy difícil teniendo que hablar de varios oradores señalar las cualidades que los distinguen unos de otros, y las que les son comunes. En la pureza de diction todos son iguales, aunque cada uno tenga sus maneras; en observar las reglas principales de la retórica tambien; pero unos son mas adornados, y ponen en esto mucho empeño: otros tienen un talento especial para hallar las pruebas, y hacerlas valer. Iseo se compara con Lisias; y se encuentran los dos tan parecidos que hay dificultad en distinguirlos. No obstante dice Dionisio

¹ Plut. Vit. x Orat.

de Halicarnaso, que los que no perciben la diferencia no se acreditan de buenos críticos. Echad la vista, añade, sobre los cuadros antiguos, y vereis que son notables por la exactitud del diseño y por el primor de las formas, pero no por el colorido, ni por la composición, ni por la buena distribución de sombras que forman aquel claro oscuro tan admirable en los modernos. Tal es la diferencia que hay entre Lisias é Iseo. Aquel es la sencillez misma, pero elegante, no rastrera; este es mas trabajado: en aquel domina la naturaleza; en este el arte: aquel hace una bella narración sin saberlo; este estudia por hacerla: á aquel se le cree solo por su palabra; de este se desconfía aun diciendo la verdad: la bondad y la justicia se muestran por sí mismas, y se hacen apreciar en Lisias, mientras que se ven como empujadas por Iseo, y no se las admite sino con cierta prevención y exámen. Por esto Piteas en su acusación contra Demóstenes, en que le echa en cara todos sus defectos, atribuye su malignidad oratoria á su maestro Iseo ¹.

63. Para comprobar lo que se acaba de decir sería preciso sacar trozos del uno y del otro, y ponerlos en paralelo, lo que á mas de ser largo, no sería lo mas conveniente para los lectores, los cuales no tanto desean saber en qué se diferencia Iseo de Lisias, como lo que fué el mismo Iseo, pues en toda comparación deben tenerse muy bien conocidos los extremos para ver los puntos de contacto y las diferencias. Por esto se ha creído mejor presentar el resumen de una de sus oraciones, en la que se ve un raciocinio vigoroso, y bastante fuerza oratoria. Todas ellas son judiciales y relativas á sucesiones. Según la costumbre de Atenas Iseo las escribió para sus clientes, debiendo ellos mismos recitarlas en el tribunal. Sin embargo alguna vez habló él, como hacen nuestros abogados en

¹ Decía tambien que sus oraciones olian á aceite. Plutarco cuenta que en Arcadia se insultaron los dos en la junta popular. Piteas dijo que así como es señal de enfermedad el ir una burra á una casa para la leche, así es señal de estar malo un país al que llega una embajada ateniense. A lo que replicó Demóstenes: así como la leche de burra se ministra para recobrar la salud, así tambien van los atenienses para mejorar la condicion de los pueblos. Era Piteas mucho mas jóven que Demóstenes.

los informes, porque la edad no permitia hacerlo á los clientes. Estando familiarizados con la idea de que un verdadero orador es el que habla delante de una multitud regularmente para asuntos políticos, es bueno advertir, que á Iseo le consideramos como un excelente abogado, digno de ser imitado por los nuestros. El asunto de la oración es el siguiente.

66. Pirro no teniendo hijos legítimos adoptó y nombró heredero á Endio sobrino suyo hijo de una hermana, el cual despues de la muerte del tio poseyó como tal sus bienes por espacio de mas de 20 años. Habiendo tambien él muerto sin hijos, su madre y un hermano como mas próximos parientes trataron de tomar posesion de la herencia, pero se les opuso Jenocles en nombre y representación de su mujer Fila que decía ser hija legítima de Pirro. Los jueces no atendieron á esta instancia, á pesar de estar apoyada por Nicodemo, que se decía hermano de la madre de Fila, y que alegaba haber entregado á su hermana en matrimonio á Pirro recibéndola este como esposa legítima, y en su consecuencia declararon heredera á la madre de Endio. Pero hubo nueva instancia en la que se presentan los mismos tios de Pirro que dicen haber sido llamados por él á los desposorios, y que diez dias despues de haberle nacido una hija fueron convidados á un banquete para celebrar este nacimiento, y verificar la imposición del nombre de la recién-nacida. Al contestar á esta instancia, dice el cliente de Iseo:

« Conviene saber ante todas cosas, qué dote señaló Nicodemo á su hermana casándola con Pirro que tenia un caudal de tres talentos, (ó tres mil duros); si esta pretendida mujer abandonó ya en vida á su marido, ó si dejó su casa despues de su muerte; y en este caso quién le devolvió la dote, y si no pudo recobrarla, qué acción intentó, y contra quién, ó por la misma dote, ó en su lugar por los alimentos, en los 20 años en que disfrutó Endio de los bienes de Pirro; delante de qué testigo ú hombre bueno reclamó Nicodemo del mismo la dote de su hermana. Tambien quiero saber, si esta estuvo casada antes de conocerla mi tio con alguno de sus muchos amigos, ó en el mismo tiempo en que él la trataba, ó despues de su muerte. Pues si lo fué sería con las mismas condiciones con

que se supone haberlo sido con mi tío. Ninguno de estos estremos se ha probado, ni puede probarse por la parte adversa. Yo pudiera muy bien contaros, ó jueces, muchas historietas de los amantes de esa mujer, y no tendría poco trabajo en contarlos todo; pero me avergüenzo por mí y por vosotros, y me contentaré con haceros leer las deposiciones de los testigos en el primer juicio, con las que se probó ser ella una mujer pública, no habiendo sido impugnada entonces esta prueba. Os presentaré otros que atestigüen las riñas que vieron, las palabrotas que oyeron, la batahola que reinaba en casa de mi tío, cuando se hallaba esta mujer con otros convidados en los banquetes que aquel daba. ¿Van los forasteros á casa de una madre de familias honrada, ó acompaña esta á su marido en las comilonas y bebidas entre desconocidos? Los mismos testigos os dirán además, qué casta de gente, y cuánto número frecuentaba su casa para inferir lo que podía ser, y que siendo lo que era no podía haberse unido con ningún hombre como esposa legítima.»

67. «Pero supongamos por un instante que mi tío arrastrado por la pasión, y en mengua de su honor y de sus intereses hubiese consentido en tomarla; ¿dónde están las pruebas? En el primer juicio se presentó no un testigo, sino el dicho de un testigo llamado Piretides, puesto por escrito por los mismos contrarios, sobre haber oído que la tal mujer iba á casarse con un hombre de un capital de tres mil duros. ¿Así se ejecuta un negocio de tanta importancia, para el cual suelen llamarse los mas próximos parientes y mas íntimos amigos? Y cuando ha de probarse en juicio, no diré un matrimonio, sino un negocio cualquiera, ¿no deben presentarse los mismos testigos, y en caso de no poder ó por falta de salud ó por otro impedimento, no se recibe su declaración delante de otros que hagan la misma fuerza que harían aquellos presentándose en el tribunal? Piretides ni se hallaba enfermo, ni impedido de ir al mismo, viviendo en la ciudad, y lo que es mas, niega haber oído tal noticia, y haber autorizado á nadie para servirse de su nombre. Sin embargo Jenocles presenta dos testigos delante de los cuales dice haberle sacado aquella declaración, y puéstoia por escrito. Pero qué testigos! de quie-

nes nadie fiaría en cosas de la menor importancia. ¿Debia Jenocles contentarse con la deposición de hombres tan desacreditados? ¿Podemos suponerle tan torpe, que tratase como una cosa frívola la legitimidad de un matrimonio? ¿Le importaba tan poco saber si su mujer era hija legítima ó bastarda? ¿No debía valerse para esto de los hombres mas autorizados, de amigos, ó parientes que gozasen de buena reputación, y no de unos cualesquiera? Conste pues que tanto Nicodemo como Jenocles han querido hacer de un matrimonio un negocio clandestino, ya que aquel dice que no llamó mas que á un testigo para su celebración, y el otro tomó dos que se le ofrecieron casualmente para recibir la declaración de aquel.»

68. «Pero hé aquí que aparecen los mismos tíos del titulado marido, que dicen haber sido llamados por este para la celebración del contrato. ¡O cosa portentosa, é increíble, jueces! llamar mi tío para un acto que le cubría de infamia á personas tan allegadas, cuando lo natural era ocultarlo á ellas, y quedarse solo con su vergüenza. ¿Y qué dicen esos de la dote? ni una palabra; prueba clara de que no se dió, pues debía entregarse en su presencia, y así que no hubo tal matrimonio. Supongamos otra vez, que mi tío arrebatado por la pasión hubiese tomado á la mujer sin dote. ¿No estaba en los intereses de ella y de Nicodemo el hacer constar esto mismo por medio de buenos testigos para en caso de separación poder reclamar ó los alimentos ó la dote constituida por su propio marido? pues se ve por experiencia cuán efímeros son esos amores. Añaden los tíos, que habiendo sido invitados, asistieron al acto de imponer nombre á los diez días de haber nacido al sobrino Pirro una hija. ¡O desvergüenza é infamia sin ejemplo! ¿Quien podrá contener la indignación al ver, ó jueces, que Jenocles el marido de esa supuesta hija de Pirro, reclamando en su nombre la herencia del padre, en el pedimento haya llamado á su mujer Fila, y así lo haya hecho constar en los registros públicos; y los tíos del mismo Pirro que se hallaron presentes, según dicen, á la ceremonia de la imposición del nombre, declaren haberse impuesto á la niña el de su abuela Cletareta? ¿Es posible que en ocho años que lleva de matrimonio haya ignorado el verdadero nombre de su

esposa, no habiéndole oído ni de su suegra, ni de Nicodemo hermano de esta, y que en el acto de pedir para ella la herencia del supuesto padre se haya servido de uno diferente del suyo? Cómo! el marido quitar á su mujer el nombre de su abuela, que podía serle un título de derecho? ¿No prueba esto, ó jueces, que todo es una patraña urdida entre los adversarios despues de empezado el litigio?»

69. «Para convenceros de la falsedad de lo dicho por Nicodemo basta reflexionar, que lo que se da por causa de matrimonio, si no se pacta que sea á título de dote, se pierde segun la ley, si la mujer abandona al marido, ó este la repudia, ó muere sin hijos. ¿Debia Nicodemo dejar al arbitrio de Pirro repudiar á su mujer, no habiendo constituido la obligacion de la dote? ¿Es tan necio Nicodemo que quisiese correr esta contingencia? Un hombre que por pequeñas cantidades está molestado continuamente los tribunales ¿hubiera dejado de tomar las precauciones debidas con mi tío? Pero dime, Nicodemo, habiéndole tú dado á tu hermana en matrimonio, del cual nació una hija, ¿cómo has consentido que nuestro hermano Endio haya pedido y obtenido la herencia en perjuicio de la hija? ¿No sabias que por este solo hecho ella se declaraba espuria? Y no solo con este hecho de nuestro hermano, sino ya anteriormente con la adopcion de él mismo declaraba Pirro á aquella ilegítima. Pues quien tiene una hija legítima no adopta á otro á no ser con la condicion de casarse con ella. ¿Cómo no hiciste ninguna reclamacion en favor de tu sobrina? Tal vez dirás que no tuviste noticia de esto. Pero cuando Endio entregó á Jenocles á la que llamais hija de Pirro para casarse con ella, ¿hubieras tú consentido que se le diese como hija de una ramera, habiendo nacido de legítimo matrimonio? ¿No te hubieras quejado con el Arconte, de que un hijo adoptivo insultara á una hija natural y legítima del mismo que le habia dado sus bienes, casándola como bastarda, pues que en lugar de cederle los bienes que la correspondian, le señalaba la miserable dote de mil dracmas ó una 6.^a parte de un talento, consistiendo la herencia en 3 talentos, como se ha dicho? ¿Dirás que Endio hizo esto ocultamente? Debiendo pues tú saberlo, ¿cómo consentiste en que la hija de tu hermana fuese tratada

como nacida de una prostituta? ¿cómo no reclamaste contra Endio? Lo hubieras hecho, por todos los dioses del Olimpo, si lo que dices ahora fuese cierto.»

70. «Por otra parte ¿cómo Endio no se quedó con su hermana hija de su padre adoptivo en lugar de entregarla á un extraño? pues en caso de ser legítima, sabia muy bien, que todos los bienes debian ir á parar á sus hijos. ¿Hay alguno tan reñido con sus intereses, que á sabiendas quiera traspasarlos á desconocidos, pudiendo conservarlos tomando por mujer á la misma que da á un extraño? ¿Hubiera pasado por esto Nicodemo el propio tío? Léanse las leyes que sirven para el caso presente, párese el agua, y vengan los testigos, que declaran: 1.^o que Endio tomó posesion de los bienes de Pirro, despues de habersele adjudicado por los magistrados correspondientes, sin reclamacion de nadie: 2.^o que el mismo Endio colocó en matrimonio á Fila bastarda, tambien sin reclamacion. Teneis por consiguiente probado, ó jueces, por la misma serie de hechos y por la disposicion de las leyes la falsedad de la deposicion de Nicodemo.»

71. «Viniendo ahora á Jenocles, si hubiese creído que su mujer era legítima, y no espuria, hubiera intentado accion contra Endio viviendo aun, en reclamacion de los bienes para ella, así como impugnó en vano la veracidad de los testigos que asistieron á la confeccion del testamento de Pirro, estando dispuesto tambien á atacar su adopcion. Sin embargo prescribiendo la ley que dentro de 5 años se haga la reclamacion, dejó pasar 20 sin hacerla: solo á los tres dias de la muerte de Endio se presentó como llamado á la herencia en cualidad de marido de la hija única de Pirro, de quien procedian los bienes que aquel dejó. Bajo otro título podia tambien reclamarlos, á saber, como marido de la única hermana adoptiva del difunto. Bien que el primer título es mas privilegiado; pues no admite concurrencia con nadie: probada la filiacion queda probado el derecho, sin necesidad de pedir de ningun juez autorizacion para la toma de posesion de los bienes paternos, como deben hacerlo los hijos adoptivos, y como lo ejecutó Endio. Por lo mismo el litigio presente es una prueba de que el mismo Jenocles reconoce la improcedencia de su demanda,

pues hubiera podido entrarse en los bienes sin mas requisito que manifestar ser su mujer hija única del que habia sido dueño de ellos; ya que se considera en nuestra ciudad como un atentado el oponerse á un hijo respecto á la adición de la herencia de su padre, penado con la pérdida de todos los bienes y de la vida, como de lesa majestad y turbacion del órden público.»

72. «Además ¿cómo hubieran consentido los parientes de Pirro que se entregase Fila á un estraño, pudiendo alguno de ellos tomarla por mujer, y con ella entrar en el goce de los bienes, usando del derecho que les dan las leyes, si la hubiesen creído hija legitima? Pues nadie prefiere á un desconocido en asunto de intereses. ¿Por qué no casó Endio con ella? Las leyes son terminantes. El que muere sin hijos varones puede dejar sus bienes á quien quisiere: si le quedan hembras, puede hacerlo tambien, pero con la condicion de que el heredero case con una de las hijas. Así lo que hizo Pirro adoptando y heredando á Endio fué ilegal, si tenia á esa hija que se supone. ¿Y por qué consentisteis vosotros, testigos en este juicio, y tios de Pirro, que Endio se apoderase de los bienes sin tomar por mujer á Fila, mayormente diciendo tambien vosotros haber recibido de su padre al morir el encargo de cuidar de aquella niña? ¡O escelente cuidado por cierto! ¿Lo olvidasteis quizás? ¿os pasó desapercibido? Pero cuando Endio la casó con Jenocles dotándola mezquinamente y como bastarda, ¿por qué no reclamasteis vosotros tios del padre, especialmente encargados de ella, mayormente llevando el nombre de su abuela, hermana vuestra como decís? Pero cese todo ulterior argumento. Vosotros mismos sabeis cuál es la ley de la hermandad (*φρατρία*) de mi tío Pirro, á saber, que debe dársele conocimiento de todos los nacidos, para que se tengan por legítimos. Este conocimiento no se dió respecto de Fila, como voy á probarlo por testigos. Además no se ofreció la victima nupcial (llamando al convite de boda á las matronas próximas parientas).»

73. «Por lo tanto, ¿dareis, ó jueces, mas crédito al testimonio de Nicodemo, que á la voluntad de mi tío manifestada evidentemente por los hechos posteriores á su muerte, con-

secuencia de lo verificado por él en vida? ¿A una mujer pública la considerareis como madre de familia? No lo hareis, si no se os prueba antes, como exigia al principio de este discurso, bajo qué pactos dotalés dió Nicodemo á su hermana en matrimonio; á qué autoridad acudió ella al separarse de su marido, declarando que renunciaba á todos sus derechos de esposa; despues de la muerte de Pirro, de quien consiguió Nicodemo la devolucion de la dote; ó habiéndola pedido y no obtenido, qué accion intentó dentro de los 20 años contra el posesor de los bienes de su cuñado por razon de la misma, ó de los alimentos para la madre y la hija; como tambien si estuvo casada con otro, y si ha tenido otros hijos. No olvidéis tampoco, jueces, la ceremonia de la boda, pues si hubiese habido verdadero matrimonio no hubiera dejado de celebrarse segun costumbre, como tampoco hubiera dejado de presentarse á la *fratria* la hija habida de él para hacer constar su legitimidad. Finalmente si la madre hubiese sido legitima esposa, el marido hubiera convidado al banquete que tiene lugar en las fiestas Tesmoforias á las matronas de la misma tribu. Nada de esto tuvo lugar, como van á atestiguarlo los *demotas* de Pirro, (esto es, los de la misma tribu ó pueblo).»

74. Se ha puesto este discurso, aunque muy descarnado, por haberle reducido á pocas páginas, 1.º para que se vea el nervio de la elocuencia de Iseo; 2.º para dar una idea de la civilizacion de Atenas, pues que nada prueba tan bien la de un pueblo, como la administracion de justicia por medio de los tribunales y la sabia disposicion de las leyes que protegen los derechos de todos; y 3.º para ofrecer otra muestra de la riqueza de la literatura griega, ya que se está generalmente en la persuasion de que los latinos aventajaron á los griegos en la ciencia del derecho: realmente queda de aquellos un monumento gigantesco en el Digesto, obra inmensa compuesta solo de retazos de innumerables escritos de sus jurisconsultos. Sin embargo la literatura griega está mas socorrida en el género forense, porque se ha conservado mayor número de discursos que en la latina.

LICURGO.

N. en 408. M. en 325 ant. de J. C. — 429 de R.

75. Dionisio de Halicarnaso que escribió una muy docta crítica de algunos oradores atenienses, después de la de Iseo se excusa de no haber hecho la de los demás, famosos también, ya por no estender inmensamente los límites de su escrito, sin utilidad de los lectores, ya porque según el plan que se había propuesto no debían entrar sino los que consideraba como prototipos en algún género. Formó de ellos dos grupos, de los cuales el primero comprende á *Lisias*, *Isócrates* é *Iseo*, á quienes caracteriza de más antiguos; al segundo pertenecen *Esquines*, *Hipérides* y *Demóstenes* más modernos. Lisias, según él, es un perfecto orador forense; Isócrates es muy florido, pomposo y casi poético sin rival; Iseo vigoroso, y despertador del fuego de Demóstenes. De este y los otros dos del mismo grupo se contenta con decir que hablará de ellos porque la elocuencia parece haber tocado por su medio el apogeo de la perfección, y hallarse en sus discursos forenses todo el vigor necesario. Con cuya distinción tal vez quiere dar á entender la elocuencia popular y la forense. Por lo demás advierte que no es por excusar trabajo omitir á los otros, ni por ignorar que han existido. Hé aquí las calificaciones de muchos: *Gorgias Leontino*, mediano y siempre pueril; *Alcidamas* su discípulo, hinchado, tosco y trivial; *Teodoro Bizantino*, amigo del arcaísmo, y enemigo del arte; *Anaximenes de Lamsaco*, débil y sin fuerza persuasiva. *Teodecto*, *Teopompo*, *Naucrates*, *Eforo*, *Filisto*, *Cefisiodoro* y otros muchos, están muy distantes de Isócrates. De Lisias lo están *Antifon Ramnusio*, austero y antiguo; *Trasimaco de Calcedonia*, puro, elegante y lleno, pero insustancial por los asuntos en que se ocupó; *Policrates* ateniense vacío en los verdaderos, frío y necio en los de aparato, y desaliñado; *Critias* uno de los 30 tiranos y *Zoilo* por defectos semejantes.

76. En tiempo de Dionisio de Halicarnaso (20 ant. de J. C.) existirían muchos escritos de los oradores mencionados; así

podía ser más interesante y más agradable su crítica para los lectores que podían verificarla en el original. Para nosotros cesa este interés, y por lo mismo basta nombrar aquellos cuyas obras se han perdido, ó detenerse poco, solo para que se vea el estado de la literatura griega en las respectivas épocas. Por la misma razón, pues, de haberse conservado bastantes discursos de los llamados oradores atenienses, nos detenemos particularmente en ellos, y porque tienen mucha importancia para la historia literaria y política de aquel país. El citado crítico dividió en dos grupos aquellos de que se ocupó. Nosotros podemos hacer lo mismo, colocando en el primero á los cinco de que hemos hablado hasta ahora, y en el segundo á los cinco que faltan. Los primeros tienen mucho mérito como oradores forenses, y algunos como políticos; pero no se hicieron notables como oradores populares. Los cinco últimos deben principalmente su nombradía á la elocuencia de que hicieron un uso tan brillante en la plaza de Atenas. ¿Fuéronles tal vez las circunstancias más favorables, ó les llevaba su inclinación á la tribuna popular? Algo hubo de ambas cosas.

77. Agitáronse en la mitad del siglo 4.º antes de J. C. los más grandes intereses de la Grecia, siendo el centro de la acción común Atenas. Parece que no podía sobrevenir á aquel país nada más importante, ni más glorioso, ni que debiese fijar más su atención, que las invasiones de los persas y sus derrotas, y la guerra del Peloponeso, que tuvo dividida y ocupada la Grecia por espacio de 27 años. Sin embargo lo que ocurrió en la época en que nos hallamos era más vital para ella, y más capaz de encender el entusiasmo patriótico, y avivar el genio oratorio: pues en las guerras de los persas se trataba solo de repeler la fuerza bruta, y de hacer triunfar la civilización, á cuya obra acudían presurosos todos los griegos sin necesidad de persuadirles con fogosos discursos á que se armasen contra el enemigo común. En la del Peloponeso disputaban la supremacía dos estados: era una rivalidad mal entendida entre dos miembros de una misma familia, que no debía llevarse hasta el punto de destruirse el uno al otro. Así se necesitaban más manos que cabezas, más soldados que oradores, porque tanto los lacedemonios como los atenienses

estaban fuertemente animados los unos contra los otros, sin que necesitasen de nuevos aguijones. Pero la política de Macedonia, que es la que creó las circunstancias indicadas, era demasiado fina y astuta, para que no se pusiese á prueba el mejor talento y el mas acendrado patriotismo. Si Filipo hubiese dicho desde un principio á los estados de la Grecia: «quiero ser el mediador de vuestras contiendas; quiero ser el regulador de la marcha de los negocios de todo el país; en una palabra, quiero ponerme al frente de vosotros como jefe supremo,» no hubieran tenido mucho que hacer ni Filipo, ni la Grecia, porque toda ella se hubiera armado contra él, y le hubiera sin duda puesto á la razon. No estaban muy distantes los tiempos en que Ificrates general ateniense, teniendo de la mano á Perdicas, y sobre la rodilla al mismo Filipo, hijos de Amintas II y de Eurídice, daba al primero el trono de Macedonia que le disputaba Pausanias ¹; y en que Pelopidas general tebano se lo aseguraba contra Tolomeo su hermano bastardo, y se llevaba á Tebas como en rehenes del convenio á Filipo, que se educó al lado de Epaminondas.

78. Filipo pues subiendo al trono conoció que no le sería tan fácil domeñar á la fuerza á los griegos, sobre todo á los atenienses, como le fué vencer á los ilirios, tracios y otros pueblos que continuamente molestaban el reino de Macedonia. Estaba dotado de un talento particular para conocer los medios mas oportunos para llevar á cabo sus empresas. Para las unas empleaba el hierro, para las otras el oro, y para las terceras la doblez, ó todo junto. La dominacion de la Grecia era su sueño dorado: su amor propio estaba resentido de que los macedonios hubiesen sido tratados como bárbaros durante muchos siglos, y eschuidos de aquellas reuniones y solemnidades en que solo se admitian, por decirlo así, griegos de pura raza. Tal vez estendía sus miras hasta mas allá de los confines de la Grecia: veía en lontananza la ruina del imperio persa, cuya mala administracion y desmesurado engrandecimiento debían dar necesariamente aquel resultado. Pero para esto debía contar con el concurso de toda la Grecia, no seño-

¹ Esquin. or. de la Embajada.

ra, que pudiese tergiversar sus propósitos, sino esclava que le prestase su brazo sin quejarse. Tuvo necesidad de muchas evoluciones para engañar á los atenienses que siempre formaron en primera linea, y que eran los mas celosos de su independencia. Ya les daba esplicaciones y seguridades de que sus operaciones no tenían que ver con ellos; ya favorecía sus miras cuando conocía que no podían perjudicarle en lo venidero; ya concertaba alianzas con los enemigos de aquella república; ya con ella misma para tenerla como adormecida y tranquila; ya retiraba sus tropas cuando veía que las de Atenas se preparaban á frustrarle sus intentos; ya corrompía por medio de dinero á los hombres de mas influencia ú oradores para que sirviesen mejor á sus intereses, ó á lo menos no le hiciesen la oposicion; ya en la guerra sagrada se mantenía neutral, hasta que Tebas una de las partes beligerantes imploraba su auxilio, y le daba ocasion para hincar el pié en la Grecia; ya lograba hacerse admitir en el consejo de los Anfictiones; ya por fin, quitándose la máscara, en la batalla de Queronea ¹ abatía los bríos de Tebas y de Atenas, y lograba la preponderancia que habia de abrir á su hijo Alejandro el camino para destruir todas las autonomías de la Grecia.

79. En Atenas los ánimos se hallaban divididos, como sucede en toda guerra civil, pues aquella mas se parecía á una civil que á una extranjera. Hombres de la mejor reputacion por su saber y por su amor á la patria no sabían ver en Filipo á un enemigo, antes bien le consideraban como un afortunado guerrero, que habia de vengar á la Grecia de los insultos de los bárbaros, y librarla para siempre de su temor. En este sentido escribió Isócrates aquella famosa oracion dirigida á aquel príncipe, en que le exhorta á pacificarla, y emplear sus armas contra los persas. Otros faltando á su deber favorecían sus intereses despues de haber sido ganados con dádivas. De los diez embajadores atenienses que fueron á Macedonia para firmar con Filipo los artículos de paz ya convenidos, hubo sospecha de haberse dejado corromper todos á escepcion de Demóstenes. Este en la Filípica 1.^a dice, que no

¹ 338 ant. de J. C.

faltarán á informarle de lo que se trataba contra él en Atenas mayor número de espías de lo que seria menester para la seguridad y honor de la república. Los esfuerzos que hace el mismo en la Olintiaca 2.^a se estrellan contra la oposicion de Démas vendido á Macedonia. Otras veces le salen al encuentro Éubulo y Esquines, partidarios tambien de la política de aquel reino. Focion no siempre entra en sus miras, pero bate al macedon en todos los hechos de armas. Otros por el contrario prefieren la amistad de Persia á la de Filipo, porque ven en aquella menos peligro fiados en la esperiencia y en la honradez del gobierno del gran rey. De este número parece que era Demóstenes, si hemos de conjeturarlo por su oracion de *classibus*, en que procura disuadir á los atenienses el declararle la guerra, como pedian gran número de ciudadanos. Él, Hipérides y otros se asegura que recibieron dinero de Persia. En tales coyunturas pues se elevó la elocuencia política á la mayor altura, porque ella como chispa oculta en el pedernal ó en el fósforo, necesita de choque ó percusion: aplicad la chispa á materias inflamables, se levanta un incendio que será mayor, cuanto sea mayor la cantidad de ellas, y den mas pábulo á las llamas.

80. LICURGO, que encabeza este artículo, reunia todas las cualidades que hacen á un buen orador popular; á saber, autoridad, bondad, aplicacion á los negocios, amor á la justicia, inteligencia, energía y patriotismo. Dábanle autoridad su nacimiento y sus costumbres. Su familia era una de las mas distinguidas de Atenas, de aquellas pocas que tenian vinculado un sacerdocio, que parece era de Minerva Poliada ó protectora de la ciudad. El nombre de la familia era Butades ó Eleobutades. Su padre Licofron fué una de las víctimas de los 30 tiranos. Discipulo de Platon y de Isócrates, mostraba en su exterior la gravedad filosófica, y el poco aprecio de las galas y regalo del cuerpo, pues que vestia del mismo modo en invierno que en verano, y encargado de las obras públicas no dejaba ni por el calor ni por el frio de atender á ellas, vigilando á los empresarios y trabajadores, y mostrando una paciencia, cual si fuese uno de la infima plebe. Sus costumbres fueron irreprehensibles, y á pesar de la libertad ó licencia que

reinaba entre los griegos, no se le ha criticado en este punto. Era tanta su honradez, que muchos le confiaron sus caudales, creyéndolos mas seguros que en sus propias casas, ó en las arcas públicas, de modo que llegó á tener la respetable suma para aquellos tiempos de 250, ó segun otros de 650 talentos. Tuvo tambien la administracion del tesoro público por espacio de doce años, siendo así que solo se daba por un cuatrienio. Aumentó notablemente las rentas públicas. Promovió varias obras de utilidad general; terminó algunas ya empezadas, como el teatro de Baco, el arsenal, el estadio Panathenáico, el Gimnasio, el Liceo. Encargado de la administracion militar, procuró la fabricacion de toda especie de armas, dejando bien provista la ciudadela de Atenas de armas arrojadas, y el Pireo de buques pertrechados. No se contentó con dar repetidas veces las cuentas de su administracion, sino que las fijaba en un lugar público para que todos pudiesen enterarse; y pocos dias antes de morir se hizo llevar al palacio del senado y á un templo, para que los que quisiesen, pudiesen dirigirle cargos; y ni antes se encontró nunca qué observar en sus cuentas, ni en aquel acto solemne se presentó mas que uno llamado Menesechmo su enemigo personal, que le dirigió algunos, pero que fueron desvanecidos al instante.

81. Su amor á la justicia rayaba en rigidez. Sus mismos paisanos le aplicaban lo de las leyes draconianas, de las cuales se decia que parecian escritas en sangre mas bien que en tinta, y le comparaban con el legislador de Esparta de su mismo nombre, tambien muy rígido en sus leyes. Por esta razon se cree que se le llamó Ibis, animal fabuloso de Egipto que destruia todos los reptiles. Así nuestro Licurgo perseguia á los criminales, de modo que mientras tuvo á su cargo el ramo de policia, ni en Atenas ni en toda el Ática podia parar ningun malhechor. Quedó él como dechado de jueces severos: los romanos para calificar á los tales, ó los llamaban Licurgos ó Casios. Ciceron da á entender lo mismo en su carta 13 á Ático lib. 1, con estas palabras: *Nosmetipsi, qui Lycurgei à principio fuissemus, quotidie demitigamur*. Demóstenes en una oracion que no existe, dice, que su adversario

para probar su honradez va á citar el testimonio de Licurgo; sobre lo cual, dirigiéndose á los jueces, les dice: «Yo no haré otra cosa que preguntar delante de vosotros á Licurgo, si quiere parecerse en sus costumbres y acciones al que invoca su autoridad; y si lo niega, teneis probada la verdad y la justicia de la causa que defiende, » dando á entender, que si respondia afirmativamente seria una prueba inequívoca de lo contrario. En Atenas gozaba de tal concepto, que bastaba que él prohibiese una opinion ó una causa para tenerla por justa. Este celo por la justicia casi le llevaba al extremo de hacerse pesado é importuno á los tribunales, pues acudió muchas veces á ellos para acusar. Plutarco cita á varios acusados por este orador designándolos con sus nombres: muchos otros, dice, lo fueron tambien, y todos salieron condenados. Por esto Ciceron le compara á Bruto, que siendo de una familia muy distinguida y apreciada en Roma, habia tomado como por oficio el acusar. *Brut. ó de cl. or. §. 34*, ed. Oliv. No obstante el mismo amor á la justicia le hizo defender con buen éxito á algunos falsamente acusados.

82. Nosotros no podemos juzgar de su inteligencia sino por lo que dicen de él los antiguos, y por la única oracion que ha quedado del mismo. Si se hubiesen conservado todas, nos hubieran suministrado muchísimas mas pruebas de las dotes que le adornaban. Baste decir, que aunque no tuviese mas que la práctica de los negocios, debia ser el hombre mas versado y mas inteligente, pues que pasó toda su vida dedicado á ellos. Empleaba el dia en darles curso, y la noche en meditar; por cuya razon en lugar de blanda cama se echaba sobre una piel velluda, para que la misma incomodidad le obligase á la vigilia, y así tuviese tiempo para pensar. Lo mismo que Pericles, no se presentaba jamás á hablar en público sin haber antes estudiado bien el asunto sobre que habia de hablar. No sucedia con él lo que con la mayor parte de los oradores, de los cuales dice él mismo en su oracion contra Leocrates lo siguiente: «subiendo á la tribuna hacen la cosa mas absurda y extravagante que pueda pensarse, porque en lugar de ocuparse del negocio que les ha traído allí, se van por las ramas, proponen ó discuten otros, y cuando su inventiva no les su-

giere qué proponer, dirigen cargos y denuestos contra los demás. Ambas cosas, añade, son muy fáciles, esto es, abrir un parecer sobre una cosa de que nadie se ocupa, y dirigir cargos que no han de ser contestados.» Propone el ejemplo del Areopago, que no permite á los oradores divagar, debiendo ceñirse al asunto. En todo esto da Licurgo una muestra de inteligencia. La dió tambien en varios decretos que hizo adoptar al pueblo; entre otros, el relativo á los tres grandes trágicos, citado en la Seccion de Poetas, núm. 221.

83. No solo fué bueno, justo é inteligente, sino tambien enérgico y lleno de patriotismo. No cejaba en ninguno de los negocios que tenia á su cargo hasta haberle dado cima; y si se trataba de algun desafuero notable cometido por algun ciudadano, le perseguia en justicia hasta hacerle condenar. No se dejaba intimidar por la griteria del pueblo reunido. A pesar de la gran popularidad de que gozaba, sucedióle una vez que al empezar á hablarle se alborotó y no le dejaba continuar; y él sin perder la serenidad, dijo en voz de trueno: «¡Oh látigo corcira, cuántos talentos vales!» con cuyas palabras quiso dar á entender, ó que el pueblo no puede ser gobernado sino con el látigo, nombrando el de Corcira porque eran los mejores; ó que para tenerle sujeto es menester alguna grande calamidad, como fué la guerra del Peloponeso empezada con la de Corcira. Se alabó tambien mucho en Licurgo como acto enérgico el siguiente. Enseñaba en la Academia de Atenas Jenócrates, célebre filósofo, pobre como todos¹, el cual no pudiendo pagar el miserable tributo de 12 dracmas que debia como forastero, era llevado por el cobrador de impuestos á la cárcel; encontrándole nuestro orador en tal situacion, lo primero que hizo fué romper el baston que llevaba sobre la cabeza del asentista, y lo segundo llevarle á la cárcel, y soltar al filósofo. Este, original tambien como todos, á lo menos los de aquellos tiempos, no se detuvo en dar las gracias á su libertador: á los pocos dias encontró

¹ Era pobre por su honradez, pues Filipo y Alejandro le ofrecieron varias veces grandes cantidades para atraerle á su partido, y él las rehusó.

por la calle á los hijos del mismo, los cuales tal vez le reconvinieron por su falta con su padre; y él les dijo: «ya yo cumplí inmediatamente; pues aquel hecho le acarreó los aplausos y aprobacion de muchos, que se hicieron lenguas para darle gracias y ensalzarle.» Lo que hizo Licurgo en este caso mas bien puede calificarse de abuso de autoridad ó de popularidad que de otra cosa; pues no habia para que maltratar al empleado ó asentista que cumpliera con su deber; sino que si queria librar al filósofo, no tenia mas que pagar por él. Esto se parece un poco á lo de D. Quijote cuando queria librar á unos malhechores llevados presos por la justicia.

84. Su patriotismo se manifestó muy alto en las cuestiones políticas que entonces traian preocupados á los griegos. En todas estuvo siempre al lado de Demóstenes, al cual se unió tambien en la comision ó embajada enviada por Atenas para asegurarse de las intenciones de los aliados, cuando Filipo por segunda vez amenazaba á aquella república. Seguros los dos de la alianza de Tebas hablaron con calor al pueblo sobre la necesidad de romper lanzas ya con Filipo, porque toda temporizacion ulterior seria inútil, y traeria mas daño que provecho. Se alistó el ejército, se nombraron tres generales ineptos Chares, Estratocles y Lisicles, en lugar de Foción, que fué rechazado por el partido contrario á él, y que era el único que podia ponerse frente á frente de Filipo. Se perdió la batalla de Queronea, y con ella las esperanzas de toda la Grecia, pero no se perdió el patriotismo de Licurgo. Bien convencido de que la derrota se debió mas á la ineptitud de los jefes, que á la cobardía de las tropas, ó superioridad del ejército de Filipo, así que Lisicles volvió con los restos del que mandaba á Atenas, Licurgo no pudiendo contener su despecho patriótico citó ante el pueblo á aquel general, y con su acostumbrada vehemencia y confianza en su popularidad le acusó de crimen capital por haber faltado á su deber como jefe militar. Solamente nos ha conservado Diodoro de Sicilia estas pocas cláusulas de la oracion que pronunció con este motivo, advirtiendo que por ellas puede formarse una idea de la dignidad y acritud de su elocuencia. «Tú mandabas en aquella accion, ó Lisicles, y despues de haber perecido mil ciu-

dadanos, y caido prisioneros dos mil, despues de haberse levantado un trofeo en mengua de nuestra ciudad, y en señal de esclavitud de toda la Grecia, habiendo sucedido todo esto siendo tú general, no como quiera, sino general en jefe, ¿tienes valor para vivir, y mirar la luz del sol, y presentarte en esta plaza, habiendo tú venido á ser un monumento de oprobio y de infamia para la patria?»

85. Al recibirse en Atenas la noticia de aquella derrota dice Licurgo en la oracion de que vamos á ocuparnos, que á propuesta de Hipérides se dieron dos decretos. El primero mandaba, que mujeres y niños abandonasen la campiña, y entrasen en la ciudad; y que los jefes militares destinasen para la defensa de la misma á los atenienses y demás habitantes en el modo que les pareciere conveniente. El segundo, que el consejo de los 500 se trasladase al Pireo para atender á su defensa, estando dispuesto á hacer cuanto estimase útil el pueblo. Habia en Atenas un tal Leocrates, que aterrorizado por aquella calamidad, sin pensar en otra cosa que en salvarse desbalijó su casa, empaquetó lo mejor, y ocultamente se embarcó para Rodas, en donde sembró el espanto, diciendo que Atenas estaba ya en poder de los macedonios, y causó muchos perjuicios al comercio. Por lo que averiguada la verdad tuvo que abandonar aquella isla, y fué á establecerse en Megara, en cuyos puntos permaneció ocho años, despues de los cuales creyendo que nadie se acordaria de él volvió á Atenas. Pero encontró á nuestro Licurgo, el cual á pesar del tiempo transcurrido desde aquella batalla, y á pesar de los 70 años de edad, tenia muy presente aquella defeccion de Leocrates, y como si hirviese en sus venas el ardor juvenil le emplazó inmediatamente, y pronunció un discurso de acusacion, que no dudan algunos críticos en colocar al lado de los mejores de Demóstenes. Tratándose de un crimen que el orador califica de alta traicion, el tribunal fué ó el senado, ú otro de los varios que habia en Atenas, pero compuesto de un gran número de jueces, pues el orador se dirige á los atenienses, y habla del Areopago como de distinto tribunal. Tal vez fué el mismo pueblo, pues mencionando los abusos que cometen los oradores, añade: «vosotros les habeis autorizado para ello;